
Fernando Rospigliosi
COCA LEGAL E ILEGAL
EN EL PERÚ

Muchos mitos y argumentos falaces respecto de la hoja de coca se utilizan en el debate en el último tiempo, con la finalidad de justificar y favorecer la producción ilegal de esta hoja, cuya inmensa mayoría tiene como destino el narcotráfico. Algunos de los que sustentan esos argumentos lo hacen de buena fe, creyendo favorecer a los campesinos productores, o por razones ideológicas. Sin embargo, el asunto es muy claro: 90 por ciento de la hoja de coca va a las pozas de maceración y solo 10 por ciento al consumo tradicional y otros usos legales.¹ Esa es una realidad incontrovertible.

EL NARCOTRÁFICO ES NUESTRO PROBLEMA²

Ciertos cínicos dicen: “Sí, pero eso a nosotros no debe importarnos; el problema lo tienen los norteamericanos y otros países desarrollados que son los consumidores”. Eso no es cierto: el narcotráfico sí es nuestro problema.

¹ Según el último informe de la Oficina Contra la Droga y el Delito de las Naciones Unidas, en el Perú “[...] menos del 10 por ciento de la hoja de coca es utilizada para propósitos tradicionales (infusiones, chacchado). El incremento del cultivo de coca significa aun más adicción, mayor nivel de corrupción y más recursos para financiar el terrorismo” (*Perú: Monitoreo de cultivos de coca*, junio del 2005, p. 3).

² A partir del artículo publicado con el mismo título en el diario *Perú.21* el 13 de febrero del 2005.

Algunos creen que incluso nos beneficia, pues de la materia prima —la hoja de coca— vive un grupo de campesinos, y parte del dinero de la droga queda en el país.

Grave error. El narcotráfico trae aparejadas muchísimas consecuencias, algunas de las cuales han estallado brutalmente en el último tiempo:

- *Delincuencia en aumento*: Las drogas ilegales no solo se exportan: se venden en las calles de Lima y otras ciudades. Precisamente una de las quejas más frecuentes de los ciudadanos está referida a los puntos de microcomercialización, que se convierten en antros de delincuencia y violencia, directamente emparentados con asaltos, pandillaje y otras lacras. Aproximadamente 80 por ciento de los delitos están asociados a las drogas.
- *Violencia creciente*: Los impunes asesinatos de José María Aguilar Ruiz (a) *Shusupe* y Jesús Flores Matías, testigos importantes en procesos de narcotráfico, y el inmediato enmudecimiento de otros informantes, es algo inusual, aun en el tenebroso ambiente del hampa. El asunto es que si esos dos notorios personajes del mundo criminal —sus testimonios y rostros habían aparecido varias veces en los medios— son eliminados sin que nada ocurra, no solamente otros testigos se negarán a declarar, sino que la violencia se multiplicará. Tanto los que ordenaron esos asesinatos no tendrán empacho en seguir decretando nuevos crímenes, cuanto otros malhechores, al ver el eficaz resultado que han tenido los homicidios, se animarán a tomar ese camino. Un ejemplo de hasta dónde se puede llegar lo tenemos muy cerca, en Colombia, país golpeado desde hace años por una atroz ola de violencia que azota a todos los ciudadanos.
- *Corrupción de autoridades*: El enorme poder corruptor del narcotráfico socava y destruye las instituciones. El Poder Judicial es, sin duda, uno de sus primeros blancos. La lentitud de algunos procesos y la sospechosa pasividad con que tratan a algunos procesados muy poderosos no es casual. Policías, fiscales, periodistas y políticos son también sobornados y amedrentados por los narcotraficantes.
- *También las Fuerzas Armadas*: Pero no solamente se trata del maltrecho Poder Judicial: varios miembros del Ejército están directamente involucrados en las operaciones del cartel de Tijuana en el Perú, de acuerdo con las conclusiones de una investigación policial.

Según el diario *El Comercio*, en Piura “[...] altos oficiales del Ejército [estaban] a sus pies por unos fajos de dólares”. El Casino Militar de

Piura era la base de operaciones de los narcotraficantes, que llegaron a despachar la fabulosa cantidad de entre 30.000 y 50.000 kilos de cocaína por Paita.³

El reportaje muestra una foto del “capo” mexicano Rubén Lugo Romero en el Casino Militar de Piura, y menciona los nombres y grados de los oficiales del Ejército que lo ayudaban. ¡Y que, increíblemente, están libres!

Esa es una de las consecuencias del involucramiento de militares en el narcotráfico: la impunidad. Porque ellos tienen poder político y muchas veces se imponen sobre las otras instituciones: la Policía, los fiscales, los jueces. Pocos se atreven a tocarlos.

Las nefastas consecuencias de la implicación de militares con el narcotráfico ya las vivimos desde fines de la década de 1980 hasta mediados de la de 1990.

- *Desórdenes sociales*: El narcotráfico tiene especial interés en debilitar el Estado y propiciar que existan partes del territorio fuera de su control. De esa manera pueden obtener la materia prima para producir la droga, y movilizarla por el territorio nacional sin mayores contratiempos. Por eso incentivan las movilizaciones de los cocaleiros y otros grupos sociales, con el fin de crear el ambiente de desorden favorable a sus fines.
- *Terrorismo*: Es conocida la vinculación, desde inicios de la década de 1980, del terrorismo con el narcotráfico. No es casualidad que los dos últimos grupos armados de Sendero Luminoso que subsisten en el país estén en zonas de producción de hoja de coca y droga: el Alto Huallaga y el Ene-Apurímac. Y que cuando se vuelven a incrementar los cultivos de coca y la producción de droga, reaparezcan los rezagos del senderismo.
- *Destrucción del medio ambiente*: Son millones las hectáreas de bosque deforestadas en el Perú, y una parte importante corresponde a la que ha sido depredada para sembrar coca. Hace poco, en agosto del 2005, los incendios forestales que han arrasado miles de hectáreas en la selva central han sido atribuidos a los cocaleiros.

Pero, además, la producción de pasta básica de cocaína, que se efectúa en pozas de maceración en los mismos valles cocaleiros, es una fuente

³ “Llegaba en bus, pasaba frente a la casa del general y se escondía en el casino militar.” (Potestá, Orazio: “El cártel de Tijuana y la increíble ruta de la droga”. *El Comercio*, Lima, 30 de enero del 2005.)

permanente de contaminación y destrucción del medio ambiente. Millones de litros de ácido sulfúrico, queroseno, ácido muriático y otras muchas sustancias altamente contaminantes son vertidos sin escrúpulos a los ríos de la selva peruana. Esos productos tóxicos envenenan a los pobladores de esas regiones y destruyen los campos. Sin embargo, los líderes cocaleros, los intelectuales y políticos que los defienden y las ONG ambientalistas nunca dicen una palabra sobre el tema. Por el contrario, muchas veces tratan de desviar la atención a una inexistente fumigación de cocales, para atribuirle los daños causados por la producción de droga.

En suma, el narcotráfico no es un asunto de extranjeros. Es también un problema —y muy grave— nuestro.

Es cierto que hay una responsabilidad compartida con los países consumidores. Pero es un error dejar que casi todo el peso de la lucha contra las drogas recaiga en manos de los Estados Unidos, como ocurre ahora.

Cuando los Estados Unidos recortan su programa se produce un gran alboroto acá y se levantan voces para exigir que aumente la ayuda, incluyendo la de aquellos que se quejan por la exagerada injerencia estadounidense.

Está bien demandar más ayuda. Pero también habría que reclamar al Gobierno peruano que le preste más atención al tema, y que no se desentienda de él, como lo ha hecho hasta ahora.

“LOS CAMPESINOS NO PUEDEN SOBREVIVIR SIN LA COCA”

Otra de las falacias que circulan frecuentemente es que sin la coca los campesinos no pueden sobrevivir. Si les erradican sus cocales, morirían de hambre, y se produciría una catástrofe humanitaria en el Perú. El argumento entonces es: “Está bien, se producen todos los problemas que se señalan, pero no hay otra opción para que los campesinos sobrevivan”. Falso. Está demostrado que no es así.

En 1992 había en el Perú, según cifras del Gobierno norteamericano, unas 130.000 hectáreas de coca; en el 2000, poco más de 30.000 hectáreas.⁴ En ocho años desaparecieron unas 100.000 hectáreas de coca.

⁴ En 1992, 129.100 hectáreas, y en el 2000, 34.200 hectáreas (véase International Narcotics Control Strategy Report 2003. Bureau for International Narcotics and Law Enforcement Affairs. Marzo del 2004).

Más de 75 por ciento. ¿Y qué pasó? ¿Hubo una hambruna en el Perú? ¿Se produjo una catástrofe humanitaria?

No pasó nada. Los campesinos pasaron a cultivar otros productos o se dedicaron a otras actividades. Esa es la demostración más clara —e irrefutable— de que si desaparecen los cultivos ilegales de coca los campesinos no morirían de hambre.

Ese drástico cambio no ocurrió por una política específica del Gobierno peruano. Hay que recordar que desde 1989 el Ejército intervino en el Alto Huallaga (departamentos de Huánuco y San Martín) para combatir a las hordas terroristas de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), que, aliadas con el narcotráfico, se habían enseñoreado en la región. La estrategia del Ejército fue clara: romper esa alianza combatiendo el terrorismo, dejando actuar a los cocacaleros y haciendo la vista gorda con el narcotráfico, para quitarle apoyo a la subversión.

No hubo una política anticocalera ni de erradicación forzosa. Apareció en esa época la “doctrina Fujimori”, elaborada por Hernando de Soto, que consideraba, entre otras cosas, la despenalización de los cultivos ilegales de coca.

Las 100.000 hectáreas de coca desaparecieron fundamentalmente por razones externas, ajenas al Perú. Los dueños del negocio del narcotráfico, los carteles colombianos, empezaron a sembrar coca en Colombia. Pronto los cultivos pasaron de cantidades insignificantes a 170.000 hectáreas en el país vecino.⁵ La consecuencia directa e inmediata fue que ya no necesitaban sino cantidades relativamente pequeñas de materia prima peruana para la cocaína, pues el grueso lo producían en Colombia. El precio de la hoja de coca se derrumbó y los cultivadores cambiaron de rubro.

Un factor local que intervino fue la interdicción aérea que se empezó a ejecutar en 1993 y que redujo considerablemente el trasiego de pasta básica de cocaína a Colombia, transporte que se efectuaba básicamente en avionetas.

Sin embargo, la caída de los carteles de Medellín, primero, y de Cali, después, modificó también la estructura del negocio del narco-

⁵ Según cifras estadounidenses, pasaron de 37.100 hectáreas en 1992 a 169.000 en el 2001 (véase International Narcotics Control Strategy Report □2003 *op. cit.*). La última cifra de Naciones Unidas sobre los cultivos de coca en Colombia señalan 80.000 hectáreas para el 2004 (véase Oficina Contra la Droga y el Delito de las Naciones Unidas, *op. cit.*, p. 13). Aunque su metodología es distinta de la estadounidense, ambas mediciones muestran un fuerte descenso desde el año 2000.

tráfico. A principios de la década de 1990 aparecieron los narcotraficantes mexicanos con mucha fuerza. Eso permitió que permaneciera la demanda de droga, aunque reducida de manera significativa, por lo señalado anteriormente.

Otra variante que se produjo como consecuencia de los hechos mencionados es que en el Perú se empezó a producir y exportar cocaína en cantidades elevadas, como lo demostró el cargamento de 3,5 toneladas descubierto en Piura a principios de 1995, propiedad de narcotraficantes mexicanos vinculados a la banda de los López Paredes. Antes lo que se exportaba era pasta básica, que se refinaba en otros países. Las rutas también habían cambiado: ahora la exportación se hacía principalmente por vía marítima, con gran incidencia de los puertos del norte.

En pocos años, pues, desaparecieron unas 100.000 hectáreas de coca sin que ocurriera una gran hambruna ni grandes desastres humanitarios. Eso demuestra la falacia del argumento que sostiene que sin la coca los campesinos no pueden sobrevivir.

Además, hay que señalar otras características de ese periodo:

- No hubo grandes movilizaciones de coccaleros cuando desaparecieron esas 100.000 hectáreas. Por el contrario, las organizaciones actuales de los coccaleros aparecen a fines de la década pasada, cuando nuevamente empieza a subir el precio de la hoja de coca y comienzan a aumentar los sembríos como consecuencia del Plan Colombia. La razón principal por la que los coccaleros no reclamaron en esos años es que no tenían ante quién protestar. ¿Qué iban a hacer? ¿Marchas ante los narcotraficantes colombianos para exigirles que les compren su materia prima? ¿Demandarles precios más altos? Simplemente se dedicaron, de manera silenciosa, a otra cosa.
- El terrorismo fue derrotado en las zonas coccaleras y de narcotráfico. Solo quedaron algunos rezagos en el Alto Huallaga y en la selva central. No es casual que ahora esos remanentes empiecen a operar otra vez, estrechamente vinculados al narcotráfico. Eso no significa que exista el peligro de que se repita una situación como la de la década de 1980. No. Sendero Luminoso está derrotado y no volverá a ser lo que fue. Pero es significativo que reaparezcan cuando se reactiva el negocio del narcotráfico y aumentan los cultivos ilegales de hoja de coca.
- La desaparición de esas 100.000 hectáreas de coca dejó a esas zonas tan pobres como antes. El auge fue completamente ficticio y no trajo ninguna mejora perdurable en el nivel de vida de la población. Por el contrario, acarreó grados de violencia terribles, muerte, destrucción y corrupción. El balance costo-beneficio de la “época

dorada” de los cultivos de coca y del narcotráfico es clarísimo: los costos —pagados precisamente por los campesinos, la población más pobre— fueron altísimos, y los beneficios, magros y efímeros.

“LA ALTERNATIVA ES INDUSTRIALIZAR LA COCA”

Esa es una de las sandeces más colosales que se dicen con respecto a la hoja de coca. Pero que tiene una gran difusión, como lo demuestra la reciente resolución del Gobierno Regional del Cusco que, para justificar su desatinada ordenanza, ha destinado una suma de dinero de sus escasos recursos para industrializar la hoja de coca.

En realidad, no hay ninguna posibilidad de industrializar la hoja de coca. La única industria que florece con la hoja de coca es el narcotráfico. Fuera de eso, las cantidades industrializables son ínfimas. Actualmente se utiliza en total, en la industria legal, aproximadamente 0,18 por ciento de la producción de hoja de coca. Y no existe posibilidad alguna de expandir significativamente esa cifra.

La razón es simple. La coca tiene dos usos principales: la producción de cocaína y el *chacchado*. Fuera de eso, el consumo es mínimo.

El principal consumidor de hoja de coca industrial es la Coca-Cola, que utiliza unas 130 toneladas al año (0,1 por ciento de la producción total peruana del 2004) con una producción mundial de 500 millones de botellas diarias de esa bebida.

Cualesquiera de las otras bebidas —existentes o por crearse— que usen hoja de coca como ingrediente no pueden consumir sino unos pocos kilos (tal vez gramos) de hoja de coca diariamente. El mate filtrante consume unas 10 toneladas al año, el 0,009 por ciento de la producción peruana.

Esa es la realidad. Las ilusiones de que con la coca se puede hacer galletas, pasta de dientes, caramelos u otros productos que tengan difusión masiva, son necedades. Esos productos se están fabricando ya desde hace años o décadas, sin que nadie, salvo un puñado de fanáticos, los consuman. La coca sabe mal y huele mal, según los consumidores. ¿Por qué alguien usaría una pasta de dientes que sabe mal y huele mal y que no tiene ninguna ventaja sobre las otras?

Las galletas y otros productos similares tienen el mismo problema. Porque, por suerte, nadie toma en serio el otro mito, el de las propiedades alimenticias de la hoja de coca. Esa es otra de las tonterías que se repiten incesantemente. El punto es que la hoja de coca no posee propiedades alimenticias. Sus defensores dicen que tiene un alto contenido de proteínas. Eso es falso en dos sentidos: (i) La hoja de coca tiene aproximada-

mente 13 por ciento de proteínas (otros dicen que hasta 18 por ciento). Sin embargo, otras plantas, como la alfalfa, tienen 50 por ciento de proteínas. Desde ese punto de vista, los cocaleros deberían transformarse en alfalferos. (ii) Las proteínas de la hoja de coca (y las de la alfalfa y otros vegetales) no pueden ser absorbidas por el organismo humano.⁶

En síntesis, no hay ninguna razón para que el público consuma productos fabricados con hoja de coca si esta no aporta ni sabor ni nutrientes. Esa no es una teoría. Todos los intentos realizados en el Perú y Bolivia han fracasado a lo largo de varias décadas. El mercado es inapelable.

Ahora bien: en el supuesto negado de que la hoja de coca sí fuera atractiva para los consumidores y, digamos, las galletas con hoja de coca tuvieran éxito, el precio industrial de la hoja de coca para un uso de esa naturaleza sería probablemente muy bajo y resultaría más rentable para un campesino producir café, cacao, palma aceitera o piña que hoja de coca para consumo industrial.

Por donde se la mire, la supuesta alternativa de la industrialización de la hoja de coca es una falacia. O, para decirlo más claramente, un engañamuchachos para justificar el narcotráfico. Porque esa coartada se usa concretamente, aquí y ahora, para proteger la producción de decenas de miles de toneladas de hoja de coca cuyo destino cierto, seguro, indiscutible, son las pozas de maceración de pasta básica y los laboratorios de cocaína. El resto son cuentos.

EL SUPUESTO FRACASO DE LOS PROGRAMAS DE DESARROLLO ALTERNATIVO

Otro de los argumentos de los defensores de la coca ilegal es que los programas de desarrollo alternativo (PDA) han fracasado. Lo primero que hay que decir al respecto es que, aun si eso fuera cierto, no se justificarían en lo absoluto los sembríos ilegales de hoja de coca que solo acarrearán muerte, destrucción, delincuencia, corrupción, miseria y atraso. En el hipotético caso —negado— de que hubiera que suprimir los programas de desarrollo alternativo, habría que erradicar de todas maneras los cultivos ilegales. Y eso no causaría un daño irreparable a los cocaleros, como se ha demostrado antes.

⁶ Véase, por ejemplo, Cordero Vilca, Teófila Adriana: “Evaluación nutricional de la proteína de la hoja de coca”. Tesis para optar el título profesional de químico farmacéutico. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Farmacia y Bioquímica, 2002.

Segundo, la verdad es que los programas de desarrollo alternativo no han fracasado. Es cierto que tienen problemas y que son perfectibles, pero eso es muy distinto de señalar que son inútiles.

En muchos lugares se han construido postas médicas, escuelas y carreteras, que han mejorado la calidad de vida de la población. Y, sobre todo recientemente, se han aplicado políticas que han tenido éxito, como conseguir primero mercados y luego incentivar esos cultivos en zonas que antes fueron cocaleras.

Por cierto, no puede pretenderse que los productos legales compitan con la coca dedicada al narcotráfico. Eso es imposible. Sobre todo cuando el narcotráfico ha sido tremendamente exitoso en involucrar a muchos productores de hoja de coca en la producción de pasta básica de cocaína, como lo demuestra la proliferación de pozas de maceración en los valles cocaleros. Por eso es indispensable mantener, simultáneamente, la erradicación forzosa de cocales ilegales.

Los dirigentes cocaleros que critican los PDA no quieren mejorarlos; ni siquiera lo intentan. Solo pretenden desacreditarlos para proseguir con sus cultivos ilegales de coca.

En un caso extremo, en el valle del Monzón, los cocaleros han ubicado puestos de control en la entrada e impiden el ingreso de los funcionarios y técnicos de los programas de desarrollo alternativo. Esa ha sido la única manera de impedir su difusión, porque en la parte baja del valle los cultivos de arroz habían dado buenos resultados.

Ese ejemplo muestra a las claras que lo único que quieren los dirigentes cocaleros es seguir sembrando coca ilegal para el narcotráfico.

Es cierto que los PDA tienen problemas. Uno de ellos es el de los recursos necesarios. Esos programas son costosos y el Estado peruano no invierte un centavo. Toda la ayuda proviene de la cooperación internacional. Y esta es limitada.

En segundo lugar, estos programas tienen que ser administrados cuidadosamente, porque podrían terminar incentivando a nuevos cultivadores de hoja de coca. En efecto, si los que siembran coca ilegal cuentan con ayuda que a otros cultivadores ilegales no se les brinda, se creará un fuerte estímulo para producir más coca y sentarse a esperar que llegue la ayuda. Los cultivadores ilegales de hoja de coca reciben más ayuda que los productores de papa, maíz, avena, cebada, quinua, maca o cualquier otro producto.

Por ello, tampoco tiene sentido lo que propugnan algunos ingenuos: que el Estado o la cooperación internacional compren toda la producción ilegal de coca. Eso solo traería como resultado una explosiva expansión de los cultivos. Todos querrían venderle al Estado —y, a la vez, a los narcotraficantes— su producción.

Curiosamente, solo en el caso de la hoja de coca existe un fuerte lobby intelectual y mediático. No hay un grupo de defensores de la papa que se pasee por los medios, escriba y hable apasionadamente a favor de ese tubérculo. Tampoco del camote o del maíz, a pesar de que son productos ampliamente difundidos, legales y cultivados por muchos campesinos pobres. Probablemente esto se deba, en parte, a razones ideológicas.

En tercer lugar, es también cierto que hay problemas de índole burocrática que retrasan y traban la ejecución de los PDA. Eso, por supuesto, se puede mejorar. Pero el punto es que por lo general los críticos de los PDA no buscan corregir errores sino destruir esos programas, sin importarles que podrían aliviar, por lo menos parcialmente, las carencias de los campesinos.

LA HOJA SAGRADA

Un argumento simbólico profusamente utilizado es que la coca es la “hoja sagrada de los incas”, parte insustituible de nuestra identidad cultural y nacional. Las recientes ordenanzas del Cusco y Huánuco, que pretenden legalizar lo ilegal, han recurrido a ese argumento.

Nadie entiende por qué han sacralizado la hoja de coca y no la papa o el maíz, productos fundamentales y muy apreciados en la época prehispánica.

En este aspecto, como en otros, se juega con medias verdades y mentiras completas. Como muestra J. A. Lloréns,⁷ la explosión del cultivo y *chacchado* de la hoja de coca tuvo lugar durante la Colonia, en el siglo XVI, cuando se multiplicó, según algunos cronistas, por cuarenta o cincuenta en relación con lo que se producía durante el Incanato.⁸ Eso es fácilmente explicable por la sobreexplotación a que fueron sometidos los pueblos originarios durante la Colonia; está demostrado que los españoles usaron la coca como un producto para —presuntamente— lograr un mayor esfuerzo a un más bajo costo. Y por el hecho de que, a partir de lo anterior, la producción de coca se transformó en una actividad muy lucrativa para los encomenderos.

⁷ Lloréns, José Antonio: “Síntesis histórica del consumo tradicional de la hoja de coca en el Perú”, en Fernando Rospigliosi, editor: *El consumo tradicional de la hoja de coca en el Perú*. Lima: IEP, 2004.

⁸ En la época incaica “[...] mascar coca era privilegio de la nobleza” (véase Hemming, John: *La conquista de los incas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 63).

Como dice Hemming:

Durante el gobierno de los incas la coca había sido un privilegio de la familia real y los sacerdotes, pero después de la caída del imperio las hojas quedaron al alcance de quien pudiera pagarlas y muy pronto toda la población indígena había contraído el hábito.⁹

Durante la segunda mitad del siglo XVI había, según Hemming, dos negocios muy rentables para los españoles en el Perú: la minería y la coca.

En suma, si bien es cierto que la coca tiene un uso que se remonta a miles de años y fue un producto apreciado tanto en la época preinca cuanto en la incaica, es más que discutible considerarla como un símbolo de identidad nacional.

LA HOJA TRADICIONAL¹⁰

¿Cuánta hoja de coca se utiliza para el consumo tradicional en el Perú? ¿Quiénes son los que la usan? Esas y otras preguntas básicas fueron respondidas a partir de la encuesta encargada por la Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (Devida) al Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI).

Cerca de un millón de personas consume las cuatro quintas partes de toda la hoja de coca que se utiliza de manera tradicional en el Perú. Esa es una de las conclusiones más importantes que se desprenden del análisis de la encuesta Devida-INEI.¹¹

Ese millón de personas es el 5 por ciento de la población peruana (mayor de 12 años) y son los que se denominan en este trabajo “*chacchadores* habituales”, es decir, aquellos que *chacchan* hoja de coca entre una y siete veces a la semana. Ellos consumen poco menos de 5.900 toneladas de coca al año,¹² un promedio aproximado de 5,5 kilos de hoja de coca por persona al año.

⁹ *Ibid.*, p. 442.

¹⁰ A partir de Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca. Análisis de la encuesta Devida-INEI sobre consumo tradicional de la hoja de coca*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

¹¹ La encuesta que encargó Devida al INEI se realizó entre noviembre del 2003 y enero del 2004 en todo el país, con una muestra de más de 8.000 viviendas.

¹² Eso equivale a 5,4 por ciento de la producción de coca, calculada en 110.000 toneladas.

Otro millón de personas que también *chacchan*, como los habituales, en el trabajo y el hogar, pero solo eventualmente, utilizan otras 500 toneladas de coca en el *chacchado*.

Un millón más de personas *chacchan* hoja de coca en diversas actividades (que no son el trabajo y el hogar), como el marcado de animales, las fiestas costumbristas, los velorios y los entierros. Este grupo utiliza, en conjunto, unas 900 toneladas de hoja de coca al año.

En suma, tres millones de personas *chacchan* unas 7.300 toneladas de hoja de coca al año, más de 97 por ciento de toda la hoja de coca que se utiliza para el consumo tradicional en el Perú.¹³

Otro millón de personas consumen el resto, aproximadamente 3 por ciento de la hoja de coca (unas 190 toneladas al año)¹⁴ en forma de mates o infusiones, o en otros usos distintos del *chacchado*.

En total, entonces, se consumen unas 7.500 toneladas de hoja de coca al año en el Perú.¹⁵ Veinte por ciento de la población (mayor de 12 años), cuatro millones de personas, consumen el 100 por ciento de la hoja de coca (tradicional). Ese 20 por ciento se distribuye de la siguiente manera:

- 5 por ciento *chaccha* el 78 por ciento de toda la hoja consumida.
- 10 por ciento *chaccha* el 19 por ciento de toda la hoja consumida.
- 5 por ciento utiliza el 3 por ciento de la hoja en forma de mates u otros usos (véase el gráfico 1).

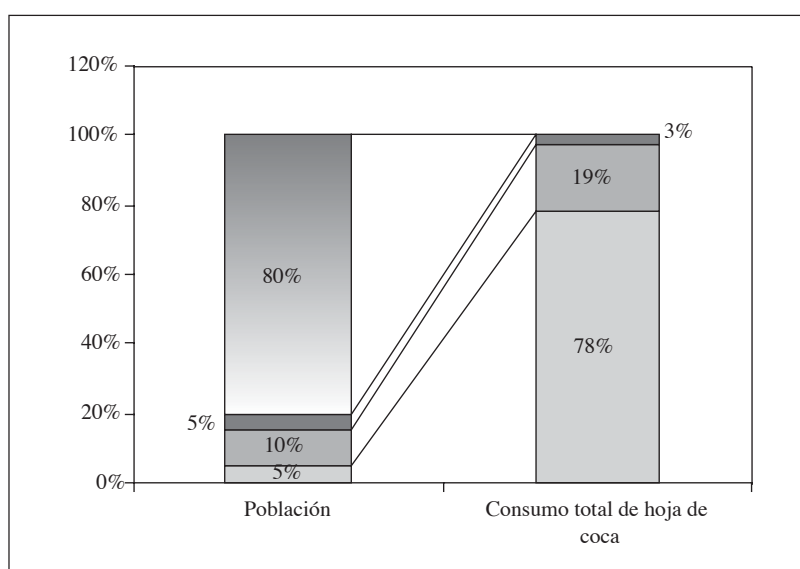
Ese 5 por ciento de la población que *chaccha* las cuatro quintas partes de toda la hoja de coca que se consume en el país, los *chacchadores* habituales, son personas dedicadas predominantemente a la agricultura y la ganadería, que habitan en las áreas rurales, en la sierra (por encima de los 2.300 metros de altura), con bajos niveles de educación (más de 40 por ciento de analfabetos), de origen quechua o aimara, con niveles de vida e ingresos (175 nuevos soles promedio mensual) muy bajos, que *chacchan* porque creen que la coca ayuda a trabajar o por costumbre. Ese es, de manera sucinta, el perfil de los *chacchadores* habituales.

¹³ Es decir, toda la hoja de coca dedicada al *chacchado* es el 6,6 por ciento de la producción total.

¹⁴ El 0,17 por ciento de la producción total.

¹⁵ Esa cifra difiere del resultado de las preguntas referentes a la adquisición y obtención de hoja de coca, lo que se explica más adelante.

Gráfico 1
Consumo de hoja de coca en la población mayor de 12 años



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca. Análisis de la encuesta Devida-INEI sobre consumo tradicional de la hoja de coca*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

Tomando la cifra más alta que se desprende de la encuesta, 8.800 toneladas de coca que se compran para el uso tradicional,¹⁶ y comparándola con otras estimaciones que existen para años anteriores, se deduce que el consumo tradicional está en retroceso en términos relativos y también en términos absolutos.

Así, las cifras encontradas por Lloréns¹⁷ indican que a fines de la década de 1950 se producían y consumían entre 9.200 y 10.000 toneladas de hoja de coca,¹⁸ con una población de aproximadamente 10 millones de habitantes.¹⁹ Es decir, con alrededor de 35 por ciento de la población actual se consumía tradicionalmente más de lo que ahora se utiliza en esa modalidad.

¹⁶ Si se suman las cantidades que los encuestados dicen haber *comprado* en un año, el total es de 8'786.536 kilos, cifra distinta de los 7'488.018 kilos que se desprende de las respuestas sobre el *consumo* de hojas de coca.

¹⁷ Lloréns, *op. cit.*

¹⁸ En ese momento la cantidad de hoja de coca destinada al narcotráfico era significativamente menor que hoy día.

¹⁹ El censo de 1961 arroja una población de 10'420.357 habitantes.

Eso no hace más que confirmar lo que muestran las cifras de la encuesta. Los *chacchadores* habituales, que consumen la mayor parte de la hoja de coca, son los más pobres y menos educados. Conforme avanza el proceso de urbanización y mejora la calidad de vida de las personas, va disminuyendo el *chacchado* de la hoja de coca. Se *chaccha* menos en Lima que en el resto del país, menos en las ciudades que en el campo, menos en la costa y en la selva que en la sierra. Y en el último medio siglo la migración ha ido de la sierra a la costa (y a la selva), del campo a las ciudades, principalmente a Lima.

Sin duda, sigue existiendo un mercado para el uso tradicional de la hoja de coca, y esto seguirá siendo así por mucho tiempo. Pero, a la luz de los datos, es probable que vaya disminuyendo progresivamente en el largo plazo, sobre todo al decrecer el *chacchado* habitual, que es el que utiliza el grueso de quienes consumen hoja de coca. La subsistencia de otras formas de consumo como mates e infusiones, y el “*chacchado* eventual” en ceremonias y ritos tradicionales posiblemente permanecerá, pero para eso se utiliza, como se ha visto, cantidades insignificantes.

CHACCHADORES DE HOJA DE COCA

LOS CONSUMIDORES DE HOJA DE COCA

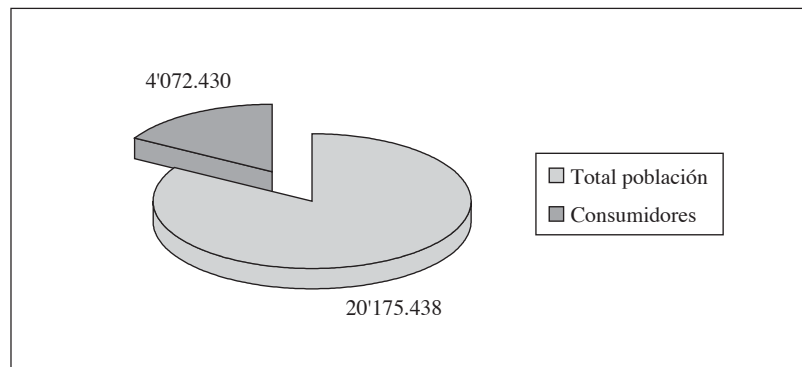
¿Quiénes consumen hoja de coca? Las preguntas relevantes están contenidas en el capítulo 500 de la encuesta del INEI, en el que se pregunta a los mayores de 12 años sobre las “formas del consumo de la hoja de coca”.

En total, los que responden que “sí” consumen hojas de coca en cualquiera de sus formas son unos 4 millones de personas mayores de 12 años (4'072.430). Pero esa cifra es engañosa. Engloba a una persona que mastica hojas de coca todos los días del año y a otra que ha bebido una vez al año un mate de coca. Es decir, agrupa a alguien que ha consumido, en promedio, unos 5,5 kg de hoja de coca al año, con otra que ha utilizado un par de gramos en un año (véase el gráfico 2).

Una primera diferenciación que hay que establecer es entre aquellos que mastican o *chacchan*²⁰ la hoja de coca y aquellos que beben

²⁰ Según los expertos, no es lo mismo *chacchar* —que es una técnica relativamente complicada de manejar el bolo de coca en la boca— que masticar. Sin embargo, hecha esa aclaración, por razones de comodidad en el texto se usarán ambos términos como sinónimos.

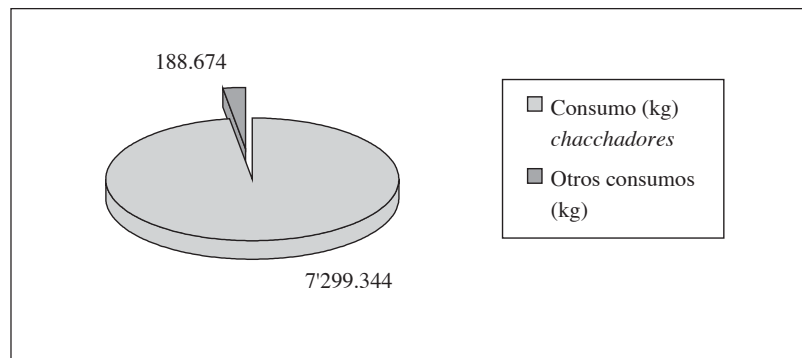
Gráfico 2
Consumidores de hoja de coca



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

mates o infusiones de coca o la utilizan de otra manera que no incluye el *chacchado*, como ceremonias (pago a la tierra, etcétera) o adivinación. Los primeros consumen 7'299.344 kilos de coca al año; los segundos, 188.674 kilos. Es decir, los masticadores utilizan 97,48 por ciento del total de 7'488.018 kilos consumidos al año (véase el gráfico 3 y el cuadro 1).²¹

Gráfico 3
Total consumo en kilogramos de hoja de coca



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

²¹ Esta cifra difiere de la que se desprende del análisis del capítulo 400 de la encuesta del INEI, en el que se pregunta por la *compra* de hoja de coca.

Cuadro 1
Consumo total de hoja de coca

| Chacchadores | Población | Porcentaje | Consumo | Porcentaje anual (kg) |
|--|--------------------------|--------------------------|--------------------------|--------------------------|
| Trabajo y hogar | 2'019.574 | 68,2 | 6'362.341 | 87,2 |
| Marcado de animales | 57.433 | 1,9 | 81.724 | 1,1 |
| Fiestas costumbristas | 135.388 | 4,6 | 142.128 | 1,9 |
| Velorios y misas | 377.529 | 12,8 | 94.451 | 1,3 |
| Curaciones | 139.566 | 4,7 | 177.090 | 2,4 |
| Otro | 162.901 | 5,5 | 282.193 | 3,9 |
| Otro | 68.331 | 2,3 | 159.417 | 2,2 |
| Subtotal | 2'960.722 | 100,0 | 7'299.344 | 100,0 |
| En la preparación de mates o infusiones para beber <input type="checkbox"/> | | | | <input type="checkbox"/> |
| Después de los alimentos | 173.647 | 18,0 | 61.466 | 37,2 |
| Para combatir el frío | 70.125 | 7,3 | 52.005 | 31,5 |
| Para mantenerse despierto | 43.336 | 4,5 | 7.160 | 4,3 |
| Para viajar/soroche | 41.799 | 4,3 | 1.451 | 0,9 |
| Curación de malestares | 601.332 | 62,3 | 10.079 | 6,1 |
| Otro | 32.478 | 3,4 | 3.191 | 1,9 |
| Otro | 2.059 | 0,2 | 29.668 | 18,0 |
| Subtotal | 964.777 | 100,0 | 165.018 | 100,0 |
| <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| Otros usos (no chacchado) <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| Adivinación | 49.447 | 29,2 | 2.160 | 9,1 |
| Atraer buena suerte | 6.585 | 3,9 | 121 | 0,5 |
| Ceremonias rituales | 39.654 | 23,4 | 5.082 | 21,5 |
| Otro | 72.714 | 42,9 | 16.262 | 68,5 |
| Otro | 1.138 | 0,7 | 30 | 0,0 |
| Subtotal | 169.538 | 100,0 | 23.655 | 100,0 |
| Total | 4'095.036 | <input type="checkbox"/> | 7'488.018 | <input type="checkbox"/> |

Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

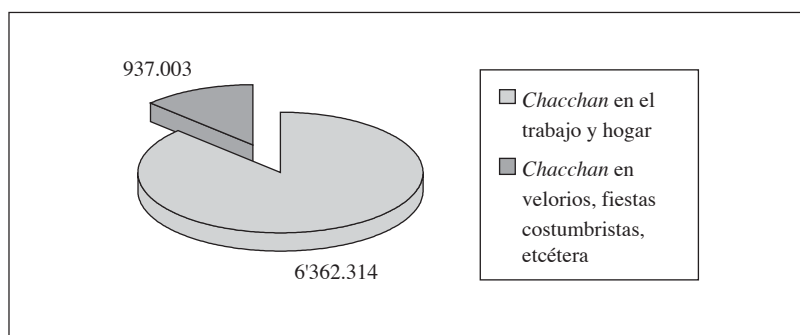
Nota: Las preguntas de la encuesta permiten respuestas múltiples. Sin embargo, para la elaboración de este cuadro se han omitido las superposiciones.

Entre los que *chacchan* la hoja de coca hay también una clara diferencia entre los que lo hacen en el trabajo y en el hogar²² y los que lo

²² La pregunta se refiere a los que *chacchan* "En el trabajo agrícola, comunal, construcción, artesanal, en el hogar, etcétera".

hacen en velorios, fiestas costumbristas, carnavales o para curación de enfermedades. En conjunto, todos los masticadores *chacchan* 7'299.344 kilos de coca, de los cuales 6'362.341 son utilizados por los que mastican para el trabajo y en el hogar. Es decir, estos usan 87 por ciento de toda la coca masticada (véase el gráfico 4).

Gráfico 4
Total consumo en kilogramos para *chacchar*



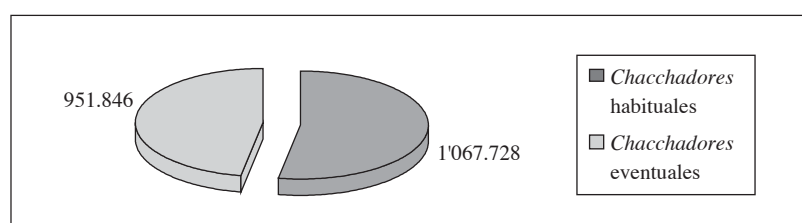
Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

Los que *chacchan* en el trabajo o en el hogar son en total unos dos millones de personas, de las cuales aproximadamente un millón son los que se pueden denominar *chacchadores* habituales, aquellos que *chacchan* entre una y siete veces a la semana. La diferenciación puede parecer arbitraria, pero es esencial. No es igual aquel que *chaccha* 365 días al año de aquel que lo hace una, dos o tres veces en un año. El corte establecido para caracterizar el *chacchado* habitual es similar al que se puede establecer para el bebedor de café o el fumador de cigarrillos (véase el gráfico 5).

Para efectos de un manejo más claro de las cifras, se ha establecido tres categorías: los *chacchadores* habituales, que *chacchan* en el trabajo o el hogar entre una y siete veces a la semana; un segundo grupo incluye a los que lo hacen quincenal, mensual o bimestralmente; y un tercer grupo, a los que lo hacen entre una y cuatro veces al año (véase el cuadro 2).

Los *chacchadores* habituales son claramente los que consumen la mayor parte de la hoja de coca: 5'873.926 kilos sobre 6'326.341 kilos que utilizan en total los masticadores que lo hacen en el trabajo o en el hogar. Es decir, los *chacchadores* habituales usan más de 92 por ciento

Gráfico 5
Chacchadores de hoja de coca en el trabajo o en el hogar



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

Cuadro 2
Consumo de los que *chacchan* en el trabajo y en el hogar

| | Población | Porcentaje | Kg/año | Porcentaje | Consumo per cápita (kg/año) | Consumo per cápita (g/día) |
|---------------|------------------|--------------|------------------|--------------|-----------------------------|----------------------------|
| Habituales | 1'067.728 | 52,9 | 5'873.926 | 92,3 | 5,50 | 15,07 |
| Segundo grupo | 228.180 | 11,3 | 220.977 | 3,5 | 0,97 | 2,65 |
| Tercer grupo | 614.110 | 30,4 | 180.057 | 2,8 | 0,29 | 0,80 |
| Otro | 109.556 | 5,4 | 87.381 | 1,4 | 0,80 | 2,19 |
| Total | 2'019.574 | 100,0 | 6'362.341 | 100,0 | □3,15 | □8,63 |

Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

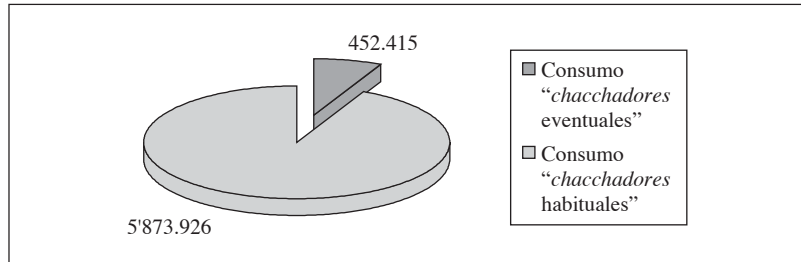
del total de los que *chacchan* en este rubro (los que mastican hoja de coca en el trabajo o en el hogar). O el 78 por ciento del total de la hoja de coca que se consume en el Perú anualmente por todo concepto (véase los gráficos 6 y 7).

El promedio de consumo diario de los *chacchadores* habituales es de 15 gramos; el del segundo grupo, de 2,65 gramos diarios; y el del tercero, de 1 gramo al día (véase el gráfico 8).

En suma, un millón de personas (el 5 por ciento de la población mayor de 12 años) consume las cuatro quintas partes de toda la hoja de coca que se utiliza anualmente en el Perú.

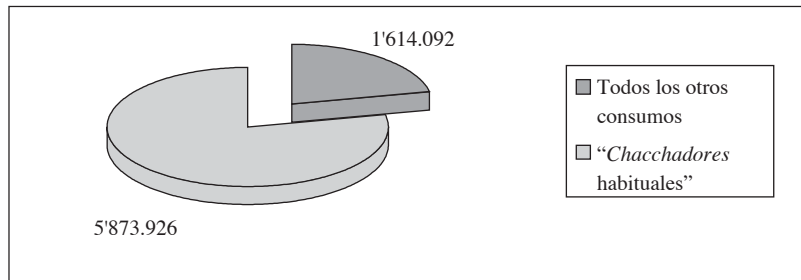
¿Quiénes son ellos? ¿Dónde viven? ¿En qué trabajan? ¿Cuál es su nivel de educación? ¿Cuáles sus ingresos?

Gráfico 6
Total consumo en kilogramos de *chacchadores* de hoja de coca en el trabajo o en el hogar



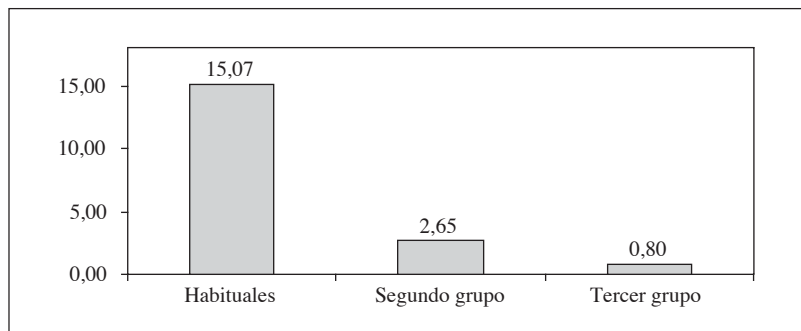
Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

Gráfico 7
Total consumo de hoja de coca en el Perú en kilogramos



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

Gráfico 8
Consumo de los que *chacchan* en el trabajo y el hogar



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

LOS QUE *CHACCHAN* EN EL TRABAJO Y EN EL HOGAR

Como se puede apreciar en el cuadro 1, los dos millones de personas que *chacchan* en el trabajo y en el hogar consumen más de 87 por ciento de toda la coca que se *chaccha*. Poco más de un millón son los *chacchadores* habituales (*chacchan* entre una y siete veces a la semana), y otro millón son los “*chacchadores* eventuales” (véase el cuadro 2), que, a su vez, se subdividen en dos grupos. En esta parte se analizará el perfil de los *chacchadores* habituales de hoja de coca, comparándolo con el de los *chacchadores* eventuales.

Educación

Poco más de 40 por ciento de los *chacchadores* habituales de hoja de coca son analfabetos.²³ El porcentaje es notoriamente diferente del de los *chacchadores* eventuales del segundo grupo (aquellos que *chacchan* una vez cada quincena, una vez al mes o una vez cada dos meses), en el que se encuentra un 25 por ciento de analfabetos; y del de los del tercer grupo (que mastican hoja de coca entre una y cuatro veces al año), entre los que hay un 12 por ciento de analfabetos.

La misma relación se encuentra considerando los que no asistieron a la escuela. Entre los *chacchadores* habituales la proporción es de 29 por ciento; en el segundo grupo, 17 por ciento; y en el tercero, 7 por ciento.

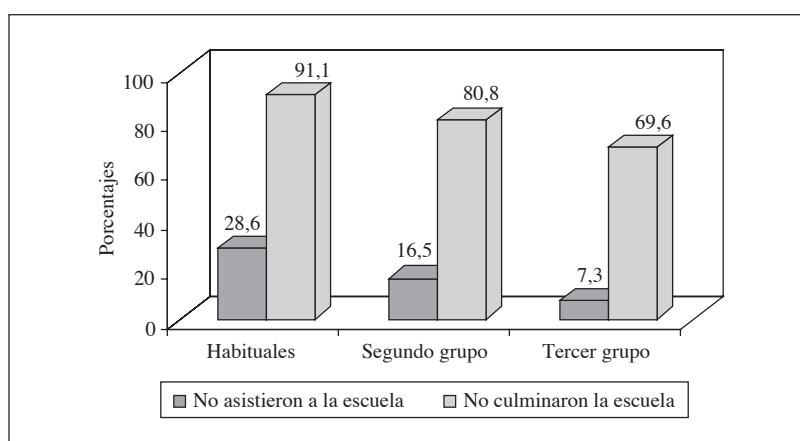
Del total de *chacchadores* habituales, 91 por ciento no culminó sus estudios escolares. En el segundo grupo la proporción de los que no concluyeron la escuela es de 81 por ciento; y en el tercero, de 70 por ciento (véase el gráfico 9).

Dónde viven

Las cuatro quintas partes de los *chacchadores* habituales residen en las áreas rurales. La proporción desciende a 67 por ciento en el segundo grupo y a 60 por ciento en el tercero. Los que habitan en poblaciones urbanas, exceptuando a Lima Metropolitana, son el 19 por ciento de los *chacchadores* habituales, proporción que aumenta a 31 por ciento y 38 por ciento en los casos del segundo y tercer grupo respectivamente. En Lima Metropolitana solo reside 1 por ciento de los *chacchadores* habituales, 3 por ciento de los del segundo grupo y 2 por ciento de los del tercero.

²³ Analfabeto en este trabajo es el que a la pregunta ¿sabe leer y escribir? responde “no”. Un criterio distinto es el de los que nunca asistieron a la escuela.

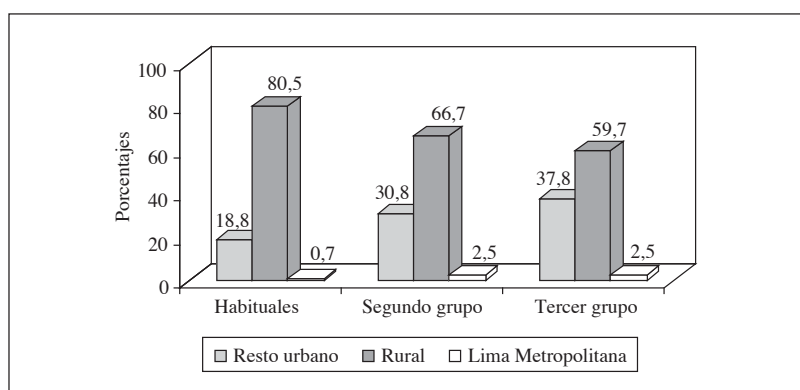
Gráfico 9
Niveles de educación



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

Así, pues, la habitualidad del *chacchado* está claramente asociada a la residencia rural. En una gran ciudad como Lima el porcentaje de *chacchadores* habituales es mínimo. Se puede deducir que con la urbanización de la población el *chacchado* habitual tiende a disminuir, es decir, conservan la costumbre del *chacchado* mientras están en el campo y tienden a abandonarla cuando migran a las ciudades. Los *chacchadores* eventuales probablemente conservan la costumbre por más tiempo (véase el gráfico 10).

Gráfico 10
Área donde residen los chacchadores



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

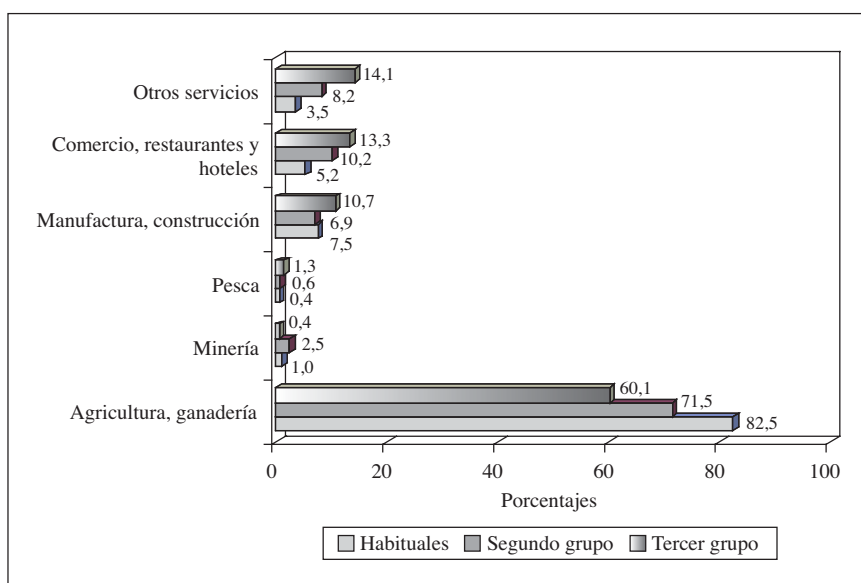
Los *chacchadores* habituales viven mayoritariamente en la sierra, por encima de los 2.300 metros. El 81 por ciento de ellos se ubica por encima de los 2.300 metros sobre el nivel del mar.

En qué trabajan

Más de las cuatro quintas partes de los *chacchadores* habituales trabajan en la agricultura o ganadería, lo que es congruente con su ubicación en el área rural. Un 7,5 por ciento en el rubro manufactura y construcción, y 5 por ciento en comercios, restaurantes y hoteles. La proporción de los que trabajan en agricultura y ganadería va descendiendo conforme se pasa al segundo y tercer grupo —71 por ciento y 60 por ciento respectivamente—, aunque, como puede apreciarse, sigue siendo de lejos la ocupación principal.

En el segundo grupo, 18 por ciento trabaja en servicios, proporción que aumenta a 27 por ciento en el tercer grupo (véase el gráfico 11).

Gráfico 11
Sector de la producción en el que trabajan

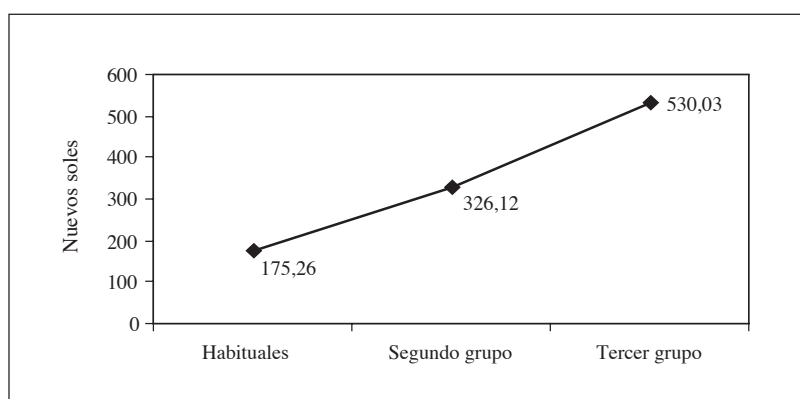


Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

Ingreso mensual

Los ingresos de los *chacchadores*, como puede esperarse por las características antes detalladas, son muy bajos aun considerando los promedios nacionales. Pero los *chacchadores* habituales tienen un ingreso mensual particularmente magro, aproximadamente la mitad de los del segundo grupo y un tercio de los del tercero. (véase el gráfico 12).

Gráfico 12
Ingreso promedio mensual



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

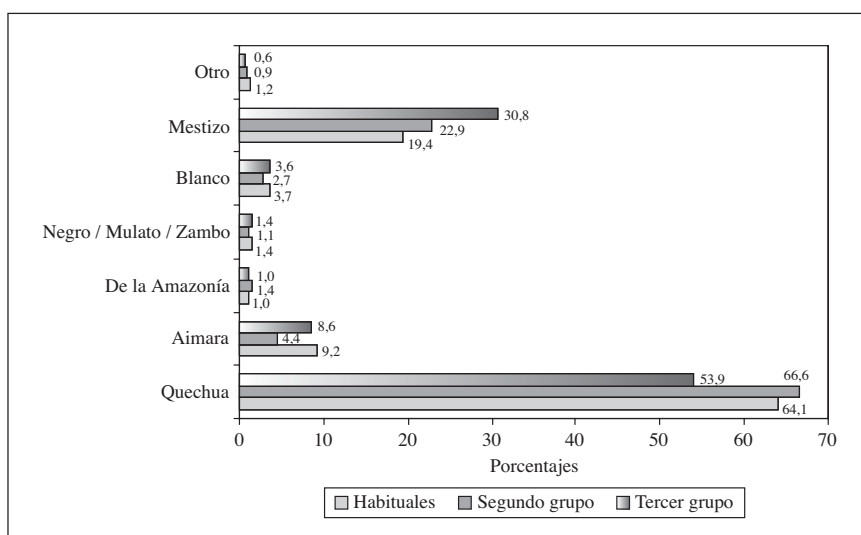
Nota: Ingreso promedio mensual del jefe de hogar.

Idioma y etnia

La autoidentificación de los *chacchadores* habituales es abrumadoramente indígena. Cuando se les pregunta: “Por sus antepasados y de acuerdo con sus costumbres, usted se considera de origen...”, poco más de 73 por ciento responde quechua o aimara; 64 por ciento se considera quechua y 9 por ciento, aimara. La proporción es similar en los otros dos grupos: 71 por ciento y 76 por ciento respectivamente (véase el gráfico 13).

Esto coincide casi exactamente con la lengua materna. A la pregunta: “El idioma o dialecto materno que aprendió en su niñez fue...”, 73 por ciento responde quechua o aimara, en las mismas proporciones que la pregunta anterior, 64 por ciento quechua y 9 por ciento aimara, mientras que solo 27 por ciento tiene el castellano como lengua materna. La proporción

Gráfico 13
Por sus antepasados y de acuerdo con sus costumbres usted se considera de origen...



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

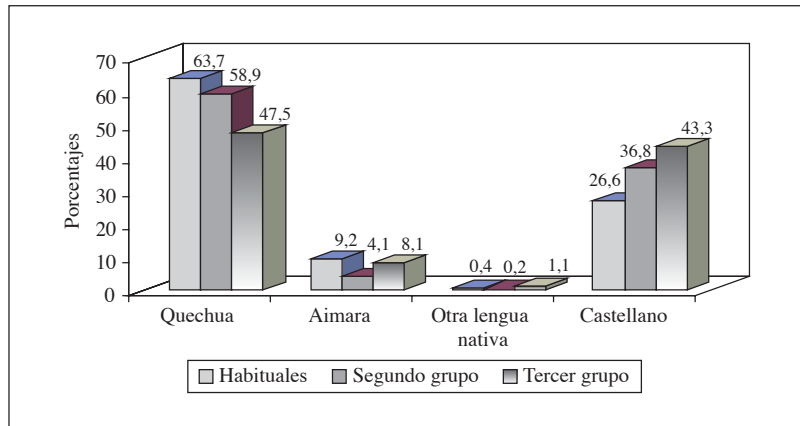
de estos últimos aumenta conforme se va espaciando la habitualidad del *chacchado*. Así, en el segundo grupo (los que *chacchan* quincenal, mensual o bimestralmente) 37 por ciento tiene el castellano como lengua materna; y en los del tercer grupo (los que *chacchan* entre una y cuatro veces al año), la proporción sube a 43 por ciento (véase el gráfico 14).

OPINIONES SOBRE EL CONSUMO DE HOJA DE COCA

Las preguntas hechas a los encuestados se refieren a su opinión sobre si “la gente” *debería* consumir hojas de coca, y si creen que sus hijos *consumirán* hojas de coca.

A la pregunta de si más gente debería consumir hojas de coca, quienes en mayor proporción creen que “sí” son los *chacchadores* habituales (63 por ciento), proporción que va decreciendo progresivamente entre los que *chacchan* en el trabajo y el hogar, en el conjunto de los *chacchadores*, entre los consumidores no *chacchadores* y cae bruscamente entre los no consumidores (25 por ciento). De manera inversa, aumenta la proporción de los que “no” creen que más personas deberían consumir hojas de coca desde 21 por ciento entre los *chacchadores* habituales hasta

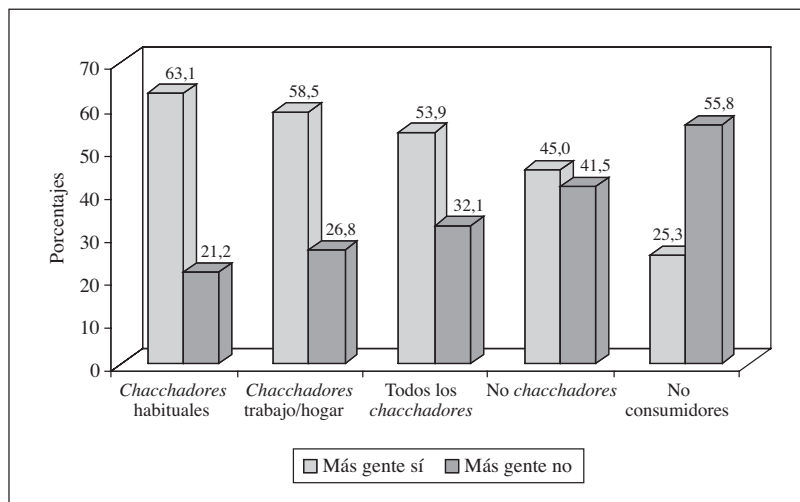
Gráfico 14
Lengua materna



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

56 por ciento de los no consumidores. Es decir, hay una relación directa entre la frecuencia y la cantidad de consumo de hojas de coca y la opinión de las personas favorable y desfavorable al consumo de los demás (véase el gráfico 15).

Gráfico 15
¿Más gente debería consumir hoja de coca?



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca, op. cit.*

Una pregunta muy importante es la que se refiere a los hijos. En este caso no se considera a los que no tienen hijos o los que tienen hijos ya mayores. Esta pregunta es distinta de las anteriores tanto porque no se formula en términos de “deberían” sino si creen que “consumirán” cuando sean adultos, cuanto por el hecho que no se refiere a los “otros” en general sino a sus propios hijos (véase el cuadro 3).

Cuadro 3
¿Cree usted que sus hijos consumirán hojas
de coca cuando sean adultos?
(Porcentajes)

| | Chacchadores habituales | Chacchadores en el trabajo y el hogar | Todos los chacchadores | Consumidores no chacchadores | No consumidores |
|----|-------------------------|---------------------------------------|------------------------|------------------------------|-----------------|
| Sí | 23,6 | 20,3 | 17,6 | 12,7 | 3,0 |
| No | 31,0 | 36,7 | 40,5 | 45,6 | 48,4 |

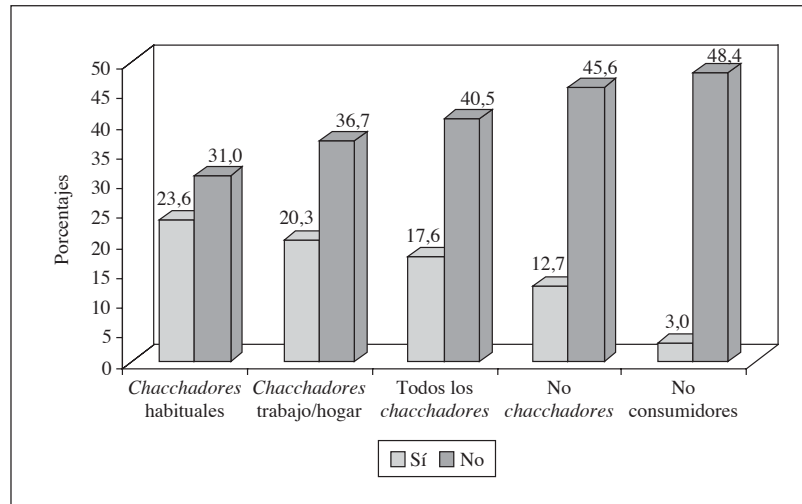
Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.

Nota: Respuestas múltiples.

Aquí, menos de un cuarto de los *chacchadores* habituales cree que sus hijos consumirán hojas de coca, proporción que se reduce a un insignificante 3 por ciento en el caso de los no consumidores, en el entendido de que cuando la pregunta se hace a los *chacchadores* probablemente están pensando en el *chacchado*, y cuando se formula a los no *chacchadores* posiblemente se refieran a cualquier forma de consumo, sobre todo a la más común entre los no *chacchadores*, que es la de mates o infusiones (véase el gráfico 16).

De ser válidas estas proyecciones de los mismos consumidores, se confirmaría la tendencia anotada anteriormente en el sentido de que la perspectiva es hacia una progresiva disminución del consumo tradicional de la hoja de coca, en particular del *chacchado*.

Gráfico 16
¿Sus hijos consumirán hoja de coca cuando sean adultos?



Fuente: Rospigliosi, Fernando: *Chacchadores de hoja de coca*, op. cit.